

recurrió á las promesas y á las amenazas, y no omitió nada que pudiera echar por tierra su firmeza. Dijéronles que los profesos eran los únicamente admitidos al secreto de las conspiraciones, y que no habian sido desterrados sino despues de haberles convencido de su crimen, y que ellos iban tambien á hacerse cómplices de aquellos malvados si se obstinaban en seguirlos. Por otra parte se les hacian ver los beneficios, los empleos y las rentas á que podian aspirar desde el momento en que obtuviesen del cardenal la dispensa de sus compromisos. A tantos y tales medios de seducción sucumbieron algunos jóvenes; pero no faltaron algunos de los seducidos que, volviendo en sí, se escaparon de Portugal y pasaron á Roma á reclamar su primitivo estado. Todos los demas permanecieron inflexibles sin que nada fuese capaz de alterar su constancia. A proporeion que de las diferentes casas del reino iban llegando á un castillo junto al Tajo, se les iba hacinando unos sobre otros en habitaciones cuyas ventanas habian sido tapiadas, y que se convirtieron por lo tanto en hediondas prisiones.

El colegio de Coimbra, que era el mas numeroso que la Compañía tenia en Portugal, presentó en estas críticas circunstancias un espectáculo tan singular como edificante. El día que trataron de separar los profesos para obrar mas ámpliamente con los que no lo eran, las autoridades de la ciudad tomaron la medida de aumentar la guardia del colegio, poniendo patrullas que rondaban por sus inmediaciones. El pueblo se admiró de estas precauciones, y habiendo preguntado el motivo, se le contestó que era porque los jesuitas se habian batido entre sí, de cuyas resultas habia habido algunos muertos y no pocos heridos. Pero los habitantes de Coimbra estaban hartos persuadidos de la armonía que reinaba entre aquellos religiosos para poder dar crédito á semejantes rumores, y por lo tanto comprendieron que aquella providencia era

únicamente empleada contra la ciudad, temiendo que el pueblo se sublevara á favor de los oprimidos. Asi que hubieron partido los profesos, fueron ocupados todos sus puestos por los que quedaron en la casa; de manera que el colegio presentó el mismo aspecto de orden y la misma regularidad que si nada hubiera acaecido. Esto dió que admirar á los soldados, pues esperaban que iba á suceder todo lo contrario, y hablaron de ello en la ciudad; de manera que el senador encargado de la vigilancia de los jesuitas y de su seducción quedó enteramente desconcertado. A pesar de esto, pasó al colegio; y afectando un aire de satisfaccion, felicitó á los jóvenes por haber sido separados de unos hombres que por sus atentados habian incurrido en la desgracia del rey y en la indignacion del pueblo: en seguida les amonestó á que se aprovechasen de la dispensacion de votos que el cardenal Saldanha les ofrecia. Los jóvenes, para librarse de su importunidad, le respondieron que si les permitia retirarse á sus aposentos, pensarian en ello y le presentarian su resolucion por escrito. Asi que se vieron solos convinieron en la respuesta que cada cual habia de dar, adoptando los términos mas lacónicos para espresarla y escribiéndola en un pequeño pedazo de papel, sin dejar nada en blanco á fin de evitar que pudiera cometerse ninguna superchería con su firma. La contestacion que los mas de ellos dieron no tenia mas palabras que estas: «No quiero abandonar la Compañía de Jesus.» Otros decian: «Persistiré en la Compañía de Jesus hasta la muerte.» Finalmente, todos persistieron en las mismas ideas y entregaron separadamente sus billetes abiertos á los soldados que estaban encargados de recibirlos. Estos los leyeron, y de allí á poco toda la ciudad pudo admirar el fervor y la constancia de aquellos jóvenes jesuitas, aun viéndose privados de sus Padres y directores espirituales.

El senador no desistió de su plan. De allí á pocos días les envió á decir que al siguiente

pasaria á comunicarles las órdenes del rey: y á este ataque se prepararon ellos por medio de una comunión general. El senador convocó primeramente á los novicios, lisongeándose de no tener que emplear muchos esfuerzos para seducir á unos muchachos, el mayor de los cuales apenas tendria diez y seis años. Comparecieron ante él con la vista modestamente inclinada al suelo, y el senador se imaginó que era por timidez, y á fin de inspirarles confianza, principió á hablarles con toda dulzura, y dirigiéndose particularmente al que le pareció mas joven, concluyó diciéndole que depusiese todo temor y levantase la vista. El novicio le respondió con ingenuidad que la regla le mandaba estar alerta sobre sus ojos, y que sin permiso del superior no podia fijarlos en ninguna persona. «Eso no os dé cuidado, replicó el senador, ya estais libre: vuestro superior no está aquí.»—«Pero Dios está en todas partes, contestó el novicio; yo debo respetar su presencia.»—Confundido el senador varió de conversacion, y les leyó tres cartas, una de Saldanha que prometia, en tanto que no hubiese otra cosa mejor, doce sueldos diarios (unos dos reales) á los que saliesen de la Compañía; la segunda del rey, que mandaba á sus tesoreros pagasen aquella pequeña pensión; y la última del ministro, que prometia la benevolencia y favores del monarca á los que se pudiesen en estado de merecerla. Ninguno de aquellos jóvenes novicios habia hecho todavía sus votos; pero esto no obstante, ninguno dió oídos á las capciosas promesas que se les hacian; todos permanecieron firmes y constantes.

El senador mandó se retirasen, hizo comparecer á los que estudiaban filosofia y algunos jóvenes regentes, y les repitió los ofrecimientos y la lectura de las tres cartas. Lo relativo á la pensión de doce sueldos les cayó tan en gracia que no pudieron contener la risa, y preguntando el senador la causa de ella, le respondió uno de ellos: *Nos reimos de ver el módico precio en que han tasado la recom-*

*pensa del enorme delito de faltar á Dios en lo que se le ha prometido.* El nada favorable resultado que el senador acababa de tener con los novicios y los estudiantes de filosofia, no le prometia salir mas airoso de la entrevista con los teólogos y con jóvenes sacerdotes. Mandóles, sin embargo, comparecer, y les dijo que se le habia mandado leerles ciertas cartas; leyéronseles, y asi que se terminó su lectura, hicieronle un respetuoso saludo y se salieron de la estancia sin hablar una sola palabra. El senador comprendió toda la energía de aquel silencio y se retiró. Asi que salió de la casa, se reunieron todos los jesuitas en la capilla á dar gracias á Dios por su victoria y á pedirle su auxilio para otros combates mas rudos.

No tardó mucho tiempo en presentarse la ocasion, pero se varió de baterías. Hasta entonces se les habia prohibido toda comunicacion exterior; mas se levantó esta prohibicion, y no solo se les permitió recibir la correspondencia, sino que se les mandó leerla y hablar con las personas que fueran á visitarlos. Este nuevo sistema de ataque duró tres días, durante los cuales tuvieron que hacer frente á los ruegos y lágrimas de sus familias, á las instancias y reconvençiones de sus amigos y, lo que apenas puede creerse, á la solicitud importuna de algunos religiosos de varias órdenes que, habiendo ellos mismos perdido el espíritu de su estado, emplearon las razones mas capciosas para deshacer las dificultades y escrúpulos de aquellos jóvenes. Estos se habian convenido entre sí en que cuando alguno de sus hermanos estuviera luchando con el enemigo, los demas se pondrian por él en oracion. No fué ciertamente en vano este sublime recurso, pues ni uno solo se dejó vencer; todos salieron victoriosos de una lucha en que tenian que combatir los afectos mas dulces y vivos de la naturaleza.

Algunos días despues volvió el senador á leerles otras cartas del cardenal y del minis-

tro, por las cuales eran condenados á destierro los que se obstinaban en no obedecer; y todos prefirieron el destierro á la apostasia. No es posible referir todos los rasgos edificantes con que se distinguió la firmeza de tan celosos jesuitas. Alguna idea podrá formarse de ella, con solo referir que cinco de entre ellos que se hallaban afectados de una enfermedad de consunción, temiendo que por esta causa se opusiesen á su deportacion, se manejaron tan eficazmente con el médico que los visitaba, que este no pudo menos de darles un certificado de que se hallaban en disposicion de emprender la marcha. Esta ocurrió á media noche del 24 de octubre, haciéndoles tomar el camino de Oporto; los desterrados eran ciento cuarenta y cinco. Apesar de la oscuridad de la noche y la violencia de la lluvia, una multitud de pueblo presenció su salida, acompañándolos por las calles derramando lágrimas. En Oporto se reunieron con los procedentes de Braga y Braganza, que tambien tuvieron la dicha de no contar entre sí ni un solo apóstota. El despecho de Carvalho y de los ministros de su tiranía, al ver frustrados sus proyectos de seduccion, les hizo inventar nuevos géneros de persecuciones y sufrimientos; pero su rabia infernal no sirvió mas que para su perdicion. Amontonaron doscientos veinte y cinco Padres en el fondo de un buque, que los trasportaban á las costas de Italia, donde ya les esperaban todos los socorros que el Padre comun de los fieles les tenia dispuestos.

Solo tres dias duraron en Coimbra los ataques dados contra la fervorosa juventud de aquel colegio; pero en Évora tuvieron que sufrirlos por espacio de cuatro meses enteros. Los padres, movidos de las amenazas del ministro, se presentaron en el colegio y no omitieron ningun recurso para vencer la resistencia de sus hijos. Esta prueba fué terrible y sucumbieron algunos; veinte y tres fueron los que cedieron; pero todos los demas, en

número de noventa y ocho, se mantuvieron firmes, incluso cinco enfermos que tambien lograron certificaciones de los facultativos, y con ellas pudieron ponerse en marcha (1). Cuando llegaron á Lisboa se incorporaron con otros noventa y nueve, y embarcados como los demas, llegaron como los de Coimbra á las playas de Italia en febrero de 1760. Este año y el siguiente fueron notables por la desolacion y ruina de todas las misiones sostenidas en América é Indias por el gobierno portugués: arrancaron de ellas á mas de quinientos jesuitas, de los cuales los mas distinguidos fueron sepultados en vida en los subterráneos de Carvalho, y los otros lanzados á las costas de Italia. Por lo que hemos dicho de los demas, se podrá inferir lo que estos tuvieron que sufrir; todo fué completo, la paciencia de las víctimas y la crueldad de los verdugos.

Apenas los religiosos desterrados salieron de Portugal, se resolvió Carvalho á descargar sus venganzas sobre el P. Malagrida. Este jesuita, lleno de talento y de saber, podia haber ocupado en Europa los empleos mas honoríficos de su orden; mas él prefirió las humildes y penosas funciones del apostolado entre los salvages del Brasil, donde pasó veinte y siete años, y fundó dos de las Reducciones del Marañon. Al regresar á Portugal, el buque donde venia baró en un banco de arena en la embocadura del Tajo, en donde naturalmente se habria hecho mil pedazos. Los marinerós que sabian la reputacion de santidad que el misionero dejaba en el Brasil, acudieron á él, y entonces el P. Malagrida con la mayor tranquilidad, como si en su mano estuviera el remedio para aquel peligro, se puso á rezar las letanias de la Virgen ante su sagrada imagen. No bien hubo terminado la oracion, cuando, desprendiéndose por sí misma la nave, volvió á emprender su camino y

(1) Pombal, Choiseul y Aranda, etc. p. 49.

entró felizmente en el puerto de Lisboa á la vista de un inmenso pueblo, testigo de la escena. Aquella imagen de la Virgen fué considerada como milagrosa, y trasportada procesionalmente á la ciudad, asistiendo á la ceremonia el rey José, que entonces no era mas que príncipe del Brasil. Este fué el origen de la veneracion que Portugal profesó despues al P. Malagrida. Juan V, que reinaba en aquella época, hizo singular aprecio de sus virtudes, llegando su afecto hasta el punto de besarle muchas veces la mano, y hacer á menudo ejercicios piadosos bajo su direccion. De aquí provino la animosidad de Carvalho contra el P. Malagrida; animosidad que los acontecimientos posteriores no contribuyeron á calmar.

La reputacion de santidad que gozaba el misionero vino á aumentarse por una singular coincidencia el dia en que ocurrió el espantoso terremoto de Lisboa en 1755. Solia este Padre decir misa á una hora fija, que era precisamente aquella en que ocurrió la catástrofe; pero aquel dia la dijo mas temprano, y además á fuerza de instancias hizo levantarse del lecho á un compañero, á pesar de hallarse indispuerto. Los dos hubieran perecido entre las ruinas, si el P. Malagrida no hubiese dicho mas temprano la misa y si el otro se hubiera quedado en su cuarto. Desde entonces el misionero redobló su celo, no cesando de exhortar á los habitantes de Lisboa á la penitencia, y facilitando á las diversas clases de la poblacion de aquella ciudad el modo de hacer ejercicios espirituales. Estas obras apostólicas, y los buenos resultados que con ellas obtuvo el P. Malagrida, disgustaron á Carvalho: su escrito acerca de la causa de las calamidades públicas le irritó; y por último, el retiro espiritual que el rey iba á hacer bajo su direccion, alarmó la susceptibilidad del suspicaz ministro y encendió en su alma un odio implacable contra un hombre que, no contentándose con haberle contradicho en un escrito público, podia aún atraer al príncipe á los

deberes del trono y romper en un momento el despótico yugo bajo que gemia el reino todo. Carvalho consiguió hacer á Malagrida sospechoso de fanatismo, y á título de tal fué desterrado, implicándole últimamente en la famosa conspiracion de 1758. En el mes de julio siguiente fué encarcelado y declarado reo de lesa magestad, como principal autor del atentado de 3 de setiembre. Como tal, debia preceder su suplicio, ó por lo menos seguir muy de cerca al de los señores arrestados, condenados y ejecutados de allí á pocas semanas; mas no fué así, porque Clemente XIII rehusó entregarlo al brazo secular, no creyendo poder concurrir á una ejecucion que á su parecer era soberanamente inicua. Carvalho, que de ningun modo queria dejar escapar su víctima, la hizo consumir durante tres años en calabozos subterráneos. Al cabo de este tiempo, ideó entregar á Malagrida á la Inquisicion como falso profeta. Por consiguiente, fué trasladado á las cárceles de la Inquisicion. Entonces Carvalho, elvidándose de la supuesta conspiracion, de su complicidad y de su crimen de lesa magestad, intentó acusarle por dos obras estravagantes que él debia haber compuesto durante su prision, intituladas: *Vida heroica y admirable de la gloriosa Santa Ana, dictada por Jesus y su Santa Madre; y Tratado sobre la vida y reinado del Antecristo.*

Tal es el cuerpo de delito que nadie ha visto, ni ha podido ver ciertamente, pues jamás han existido semejantes obras. Sin embargo, los inquisidores dieron sus extractos, en los cuales hacian decir al P. Malagrida que «Santa Ana habia hecho antes de nacer los tres votos de Religion, y que á fin de contentar á las tres personas de la Santísima Trinidad, habia hecho voto de pobreza al Padre, de obediencia al Hijo y de castidad al Espíritu Santo, etc., etc.; que habia de haber tres Antecristos, á saber, el Padre, el Hijo y el Sobrino; que este último naceria en Milan el

» año 2920, que se casaría con Proserpina, etc., etc.» Si hubiese de darse crédito á la impostura, tales eran las heregias, ó más bien dicho los sueños que el P. Malagrida escribía ó dictaba en un calabozo donde no tenía ni pluma, ni tinta, ni papel, ni escribiente. Hasta entonces este famoso misionero había sido un hábil y celoso defensor de la fé: todas sus obras lo atestiguaban; había enseñado la teología con lucimiento, predicado en ambos hemisferios, ganado para Jesucristo y dirigido infinidad de almas, sin que jamás se hubiese notado en él nada reprehensible. Hasta entonces los portugueses así como los pueblos del Nuevo Mundo le habían honrado como hombre de una eminente santidad; los mismos ingleses no le llamaban más que el apóstol del Brasil; por último, los capuchinos de la América portuguesa, escribiendo á Roma diez años antes, habían protestado « que debían sus buenos resultados á los prodigios obrados por este hombre poderoso en obras y en palabras, el Javier de este siglo.» A pesar de esta reputación general, el P. Malagrida fué declarado *soberbio, falso profeta, impio, blasfemo, herético*, etc., y como tal entregado al brazo secular. Esta sentencia es un conjunto tan informe y repugnante, que cuesta trabajo poderla leer. Así es que, Carvalho, advertido por sus confidentes de las contradicciones chocantes que presentaba, empleó todos sus recursos para ocultarla al público; mas no lo pudo conseguir, pues aquel monumento de imbecilidad y fiereza corrió toda la Europa, y hasta el mismo Voltaire, refiriéndose á esta inicua sentencia y á sus resultados dijo, que « el exceso de lo ridículo y absurdo se había agregado al exceso del horror.»

Los que conocen la Inquisición de otro modo que por las pinturas tan falsas como odiosas que algunos escritores apasionados han hecho de ella, apenas podrán creer que tal sentencia haya podido salir de semejante tribunal; pero cesará su sorpresa cuando sepan

que Carvalho buscó jueces á propósito para que fuesen ministros de su odio y de sus venganzas. Espulsó los inquisidores que no se prestaron con docilidad á sus miras, y por propia autoridad los reemplazó con cuatro parciales suyos, á quienes dió por presidente, con el título de inquisidor general, á su propio hermano, el mismo que para deshacerse de los jesuitas del Marañón había disipado y destruído aquellas florecientes cristiandades. Este tribunal intruso y sin jurisdicción fué el que instruyó el proceso de Malagrida y le declaró culpable de heregía, blasfemia etc., y le entregó al tribunal secular. Este último, suponiendo no solo ciertos, sino dignos del último suplicio los crímenes que los supuestos inquisidores habían atribuido al acusado, le condenó á ser estrangulado y entregado á las llamas. Entonces hicieron correr la voz de que se había vuelto loco, y así podría decirse si se hubiera de creer la sentencia; pues los crímenes que le imputa son más bien sueños ó delirios que impiedades ó heregias. En este caso, á los médicos y no al verdugo era á quien debía haber sido entregado; y los tribunales, así el que le declaró culpable como el que le mandó ejecutar, fueron igualmente injustos y absurdos. Pero tan falsa es la imputación de locura como todas las demás: todas las respuestas del acusado llevaban el sello de la discreción. Interrogándole acerca de lo que pensaba de sus revelaciones, respondió: « Confieso que soy un pecador; no me conviene formar juicio acerca de mis revelaciones. — ¿Pues no sabéis, replicaron los jueces, que Dios no escucha á los pecadores? — Lo sé; mas tampoco ignoro que, según está escrito, Dios juzgará á los jueces....» La sentencia no tuvo lugar hasta setiembre de 1764, á la vista de un pueblo lleno de indignación y de espanto, convencido de su inocencia y que no podía olvidar los servicios que había prestado á la Religión. Fué llevado al cadalso, cubierto con una larga túnica pintorroteada de espectros,

para darle un aire más ridículo y odioso. En el momento de la ejecución, le oyeron decir: « Misericordia Dios mio: en vuestras manos encomiendo mi espíritu.» Su género de muerte no debió sorprender á nadie, y á él mucho menos, pues todos sus hermanos y hasta los habitantes del Brasil, le habían oído decir varias veces que le estaba preparada la muerte más ignominiosa (1).

Respecto á los escritos que se le atribuyen, se ha dicho que los fragmentos que de ellos se han citado tenían el estilo de los de un cierto capuchino apóstata de su orden, llamado P. Norberto, que en otras obras se había ensañado contra los jesuitas, y que después de haber paseado por varias regiones de Europa su humor inquieto y vagabundo, vino con el nombre de abate Platel á ofrecer sus servicios á Carvalho, y publicaba en Lisboa, con autorización del ministro, multitud de libelos contra la Compañía. Platel tuvo buen cuidado de remitir á sus amigos de París una relación muy circunstanciada del suplicio de Malagrida, haciendo en ella grandes elogios de la discreción y oportunidad de la sentencia, y en Francia, dicen, hubo un parlamento que condenó un escrito á las llamas, porque hablaba mal de los inquisidores que habían enviado un jesuita al cadalso. Por lo demás, este suceso dió lugar á una multitud de escritos, en los que la Compañía era tratada con un furor que apenas puede creerse. En una relación de todo lo que entonces pasó en Portugal, en la que compete la mala fé con la estupidez, dice su autor que « se cree, que si Malagrida no confesó su delito al morir y prefirió sufrir el castigo impuesto por la Inquisición, fué por no dar al rey la satisfacción de verle morir como jefe de la conspiración tramada contra él.» Por aquí se ve, dicen las *Memorias para la Historia eclesiás-*

*tica del siglo XVIII* (1), cuán malicioso y astuto era el P. Malagrida. Los enemigos de la Compañía en Francia supieron sacar buen partido de este suceso.

Mientras el P. Malagrida pagaba en un patíbulo el crimen de haber desagradado personalmente á Carvalho por el crédito que su talento, sus virtudes y su celo apostólico le habían granjeado para con el pueblo, nobleza y familia Real, sus compañeros que no habían sido deportados á Italia, se consumían lentamente en número de doscientos veinte y uno en las horribles prisiones construídas, ó más bien socabadas por el cruel ministro (2); ochenta y ocho murieron de miseria; algunos de ellos fueron puestos en libertad después de no pocos años de cautiverio, á instancias de la princesa del Brasil, heredera de la corona, á quien Carvalho no se atrevía á negarla todo; y otros obtuvieron la misma suerte á petición de la reina de Francia y de la emperatriz María Teresa (3); pero todos fueron espulsados de Portugal. Los demás arrastraron su vida en aquellos sepulcros por espacio de diez y ocho años, hasta que ocurrió la muerte del rey José en 1777. El mismo día en que don Pedro y María subieron al trono, se abrieron las puertas de todas las prisiones de Carvalho, y se vieron salir de ellas cerca de ochocientas personas en el estado más deplorable: estas eran los restos de las nueve mil seiscientas cuarenta víctimas inocentes que habían sido hacinadas en ellas, la mayor parte sin más formación de causa, ni más razón, que el odio, la envidia ó la ferocidad del ministro. Los jesuitas aparecieron á la vista del público, como los demás, medio desnudos, cubiertos con la estera que les servía de lecho, con el cutis livido, el cuerpo hinchado, y en tal estado de demacración, que apenas podían sostenerse

(1) T. 2, p. 370.

(2) Pombal, Choiseul y Aranda, p. 55.

(3) *Ibid.* p. 57-61.

(1) Pombal, Choiseul y Aranda, p. 49-55.